

que le estrecha fuertemente contra su seno. Corre á abrazar su tierno Horacio, que estaba durmiendo en la cuna, y él mismo va á abrir la puerta á los satélites, quienes le prenden y conducen á la cárcel del Luxemburgo (1). Al mismo tiempo fueron tambien detenidos Danton y Philippeaux.... Legendre intentó pedir que Danton fuese oido en la barra de la convencion: pero fué en vano, porque Robespierre le echó una mirada amenazadora, diciendo: «El que tiemble en este momento, es culpable; únicamente los cómplices pueden abogar por los traidores. ¿Qué tienes aun que decir? Bueno es que conozcamos los que hacen causa comun con los conspiradores que hemos detenido.» Legendre tuvo la cobardía de disculpase por haber tratado de defenderlos.

Al dia despues de su prision escribió Camilo por primera vez á Lucila lo siguiente: «Estoy incomunicado; pero jamas ha estado mi imaginacion y pensamiento mas cerca de tí, de tu madre y de mi tierno Horacio. Lucila mia, ángel mio, todo el tiempo que esté en la cárcel lo voy á pasar escribiéndote, pues para nada mas he de tomar la pluma, ni aun para mi defensa: ésta se halla completa en los ocho tomos republicanos que llevo escritos, los que componen una preciosa almohada donde se duerme tranquila mi conciencia esperando el fallo del tribunal y de la posteridad. ¡O cara *Lulita* mia! hablemos de otra cosa. Échome de rodillas, tiendo los brazos para abrazarte, y ya no hallo á mi desgraciada *Lula*. (Aquí se nota la señal de una lágrima.) Mándame el vaso que tiene una C y una D, que espresan nuestros nombres, y el libro sobre la inmortalidad del alma, pues tengo necesidad de persuadirme que hay un Dios mas justo que los hombres y que aun he de volverte á ver. No te dejes afectar demasiado de mis ideas, querida amiga; aun no desconfio enteramente de los hombres ni de verme libre. Sí, mi amada, todavía nos volveremos á ver en el jardín del Luxemburgo. Adios, Lucila! adios, *Daronne*! (su suegra) adios Horacio! Aunque no me es dado abrazaros, son tan

(1) *Correspondencia*, págs. 18 y 19.

tiernas las lágrimas que vierto, que me parece que aun os estrecho en mi seno. (Otra lágrima mojó el papel.)

La lectura de esta carta costó á Lucila mil sollozos, y como el amigo de Camilo que se la llevó tratase de consolarla, le dijo: «Es inútil, lloro como una muger, porque Camilo padece.... porque permiten que carezca de todo, porque no puede vernos; pero tendré el valor de un hombre, lo salvaré.... ¿Y porque me han dejado libre á mí? Creen acaso que porque soy muger no me atreveré á levantar la voz? Cuentan por ventura con mi silencio? Yo iré á los jacobinos, á casa de Robespierre (1).» Dícese que á todas horas daba vueltas á la cárcel de su esposo; que hizo vanas tentativas, y hasta que trató de escitar un movimiento para ponerle en libertad.

A Robespierre le escribió lo siguiente: «¿Eres tú quien se atreve á acusarnos de proyectos contra-revolucionarios y de traidores á la patria, tn que tanto te has aprovechado de los esfuerzos que nosotros hemos hecho únicamente para ella? Camilo vió nacer tu orgullo; presintió la marcha que te proponias seguir; pero tuvo presente vuestra antigua amistad, y tan ageno de la insensibilidad de tu cólega Saint-Just como de tu propia envidia rastrera, retrocedió ante la idea de acusar á un amigo de colegio y compañero de trabajos. Esa mano que apretára la tuya soltó la pluma antes de tiempo, porque ya no podia llevarla para hacer tu elogio; y tu le envias á la muerte! se vé que has entendido su silencio, y debe darte las gracias! tal vez la patria se lo hubiéra reprobado; pero gracias á tí, no ignorará que Camilo Desmoulin fué, apesar de todos, el sosten y defensor de la república. Pero ¿será posible, Robespierre, que llesves á ejecucion los funestos proyectos que sin duda te han inspirado las almas viles que te rodean? ¿Has olvidado los vínculos de amistad que Camilo no puede recordar sin enternecerse? Tn, que coadyuvaste á nuestro enlace, que uniste nuestras manos en las tuyas; tu que has hecho fiestas á mi hijo, y él á tí te ha acariciado tantas veces con sus manos infantiles, ¿podrías

(1) *Idem*, págs. 20.

por ventura desechar mi súplica, despreciar mis lágrimas y supeditar la justicia? Pues tu no ignoras que no merecemos la suerte que se nos prepara, y en tu mano está remediarla: si descarga funesta sobre nosotros, será porque tú lo habrás dispuesto. Mas ¿podré saber qué crimen ha cometido mi Camilo?... no es mi pluma cual la suya capaz de defenderle; pero la voz de los buenos ciudadanos y tu corazón, si es sensible y justo, estarán de mi parte. ¿Crees que te grangearás la confianza de las gentes inmolando á tus amigos? ¿Crees que bendecirán á quien no se cura ni de las lágrimas de la viuda, ni de la muerte del huérfano? Si yo fuera la esposa de Saint-Just, le dijera: «La causa de Camilo es la tuya, ó sea la de todos los amigos de Robespierre! El desgraciado Camilo, tan cándido de corazón, ¡cuán poco sospechaba la suerte que hoy le espera! Juzgaba él trabajar en beneficio de tu gloria, indicándote lo que á nuestra república aun le falta! Sin duda le han calumniado contigo, Robespierre, pues parece increíble que tu le juzgues culpable: recuerda que jamás él te pidió la muerte de un solo sugeto; que jamas ha querido prevalerse de tu poder para hacer mal, y que tu eras su mas antiguo é íntimo amigo. Aun cuando no hubiese tenido tanto amor á la patria, ni hubiese estado tan identificado con la república, pienso que la adhesión que te tenía hubiera podido suplir al patriotismo; y ahora por esto mismo en tu pensar mereciéramos la muerte! Porque, matarle á él, es...» (Esta carta quedó sin concluir y no fué enviada á Robespierre.)

Todos los tonos tomaba la pobre Lucila, la amenaza, la sensibilidad, las caricias, las blandas reprensiones; pero aquel que ella queria ablandar era Orestes!

Pronto se procedió al interrogatorio de los acusados, en el cual llevaba la palabra Fouquier Tinville: este le debia á Camilo Desmoulins, de quien se decia pariente, el nombramiento de miembro del consejo (1). Cuando llegó el turno á Camilo y le hubieron preguntado su edad, respondió: «Trein-

(1) Vide Correspondencia, pág. 145.

ta y tres años, edad del descamisado Jesus;» para dar á entender que su martirio se pareceria al de Cristo, que murió por haber predicado, como él, á favor de la humanidad y echado el anatema contra la esclavitud. Sabida es la magnífica respuesta de Danton cuando se le pidió su nombre y domicilio. «Mi mansion pronto estará en la nada, y mi nombre algun dia se verá inscrito en el panteon de la historia.» Camilo y Danton quisieron defenderse; mas la campanilla del presidente y los clamores de los concurrentes asalariados ahogaron su voz.

Vuelto á la cárcel, y perdida ya toda esperanza, escribió Camilo la carta de muerte á su querida Lucila, cuyo escrito es un modelo de elocuencia y sensibilidad: «El sueño bienhechor ha suspendido mis males: cuando estamos durmiendo somos libres, porque no sentimos nuestra cautividad; y en esta parte el cielo se ha apiadado de mí. No hace mas que un momento que te estaba viendo en sueños, y os abrazaba sucesivamente, á tí, á Horacio y á Daronne. Al despertarme, abrí las ventanas, y el pensar en mi soledad, el ver las rejas horrorosas y el considerar los cerrojos que de tí me separan, han aterrado toda mi fortaleza de alma. Me he deshecho en lágrimas, ó por mejor decir, he sollozado gritando en mi sepulcro: Lucila! Lucila, mi cara Lucila, donde estás? Ayer por la tarde tuve otro rato semejante, y mi corazón se partió igualmente al ver á tu madre en el jardín. A impulsos de un movimiento maquinal echéme de rodillas junto á la reja, y junté las manos como para implorarle compasión, á ella, que estoy cierto gime sin cesar en tu seno. Conocí su dolor con ver su pañuelo y que se abajaba el velo por no poder ya mas soportar aquella escena. Cuando volvais, sentaos algo mas cerca para que pueda yo veros mejor.... Te ruego encarecidamente, Lucila, en nombre de nuestro amor eterno, que me mandes tu retrato; el momento en que lo reciba será para mí, en medio del horror de la cárcel, un dia de regocijo, de alborozo, de enagenamiento. Al entretanto envíame un poco de tu pelo, para que pueda depositarlo junto á mi corazón! Querida Lucila de mi alma, mirame vuelto al tiempo de mis primeros amores, en que

bastábame ver salir á uno de tu casa para interesarme por él. Ayer , al regresar el ciudadano que te llevó mi carta , le dije: «¿Qué tal, Vd. la ha visto?» como hacia en otro tiempo con el abate Landreville ; y deleitábame mirándole , como si en sus vestidos ó en su persona hubiese quedado algo de tí...» (Aquí le llaman para ir á sufrir el interrogatorio, y luego continúa:) «Ya veo la suerte que me aguarda. Adios , mi Lucila , querida Lucila mia , lobo mio ; dale un adios á mi padre. En mí tienes un ejemplo de la barbarie é ingratitud de los hombres ; al menos mis últimos momentos no te dejarán deshonrada.... O amada Lucila , yo habia nacido para hacer versos , para defender á los desgraciados , para hacerte feliz y para componer un Otaiti junto con tu madre , mi padre y algunas otras personas de nuestra satisfaccion. Habia soñado una república que todos hubieran adorado ; pero no imaginaba que los hombres fuesen tan feroces é injustos.... Lucila , Lulita mia , ah! no me llares con tus ayes , porque me desgarrarian en el fondo de la tumba! Le dirás á Horacio , cuando pueda comprenderlo , que yo le hubiera amado entrañablemente! No obstante mi suplicio , creo que hay un Dios. La sangre que voy á derramar lavarás mis faltas ; y lo bueno que en mí haya habido , mis virtudes y mi amor á la libertad , Dios lo recompensará. Un dia te volveré á ver , Lucila! Con la sensibilidad que yo tengo , ¿ es acaso tan gran desventura la muerte que me libra de la vista de tantos crímenes? Adios , Lulita ; adios , mi vida , mi alma , mi divinidad sobre la tierra. Adios , Lucila.... mi cara Lucila ; adios , Horacio ; adios , Anita ; adios , padre mio. Ya siento apartarse de mí la playa de la vida ; mas , aun veo á Lucila! aun la veo , á mi adorada ! Lucila de mi alma ! mis manos sujetadas te abrazan ; y mi cabeza separada dirige aun sobre tí sus ojos moribundos!»

Vióse otra vez el proceso , pero tan solo para la fórmula ; pues al instante declara el jurado *que ya está suficientemente ilustrado* , con lo que se tapó la boca á los acusados. Camilo está furioso , y declara á los jueces que son unos verdugos y asesinos. Danton les echa bolitas de pan. Camilo rasga su acta de acusacion , y arroja los pedazos á la cabeza de Fouquier-

Tinville. No tarda en pronunciarse la sentencia. Camilo llora por la suerte de su muger y su Horacio. Cuando fueron á maniatarlo para llevarlo al suplicio , estaba espumeando de rabia y gritaba: «¡Como! asesinado por Robespierre!» En el tránsito , incesantemente esclamaba : «¡Pueblo , pobre pueblo , te engañan , sacrifican á los que mas pueden sostenerte , á tus mas decididos defensores!» y forcejaba con tal violencia que tenia roto todo el vestido. Danton , por el contrario , paseaba la vista con calma y menosprecio sobre la rugiente muchedumbre , y decia á Camilo : «¡Sosiégate , no hagas caso de esa vil canalla!» Al pasar por frente de la casa de Robespierre , Camilo profirió esta imprecacion : «Tu nos seguirás , tu casa sera arrasada , y su solar sembrado de sal ;» y á la vista del patíbulo : «¡Hé aquí la recompensa destinada al primer apóstol de la libertad! Los mónstruos que me asesinan , no me sobrevivirán mucho tiempo.»

Murió con un rizo del pelo de su muger en la mano , á 5 de abril de 1794.

¡Desventurada Lucila ! ¿ quien fué capaz de pintar su dolor? — ¿Habia realmente trabajado para escitar en las cárceles un levantamiento del cual queria aprovecharse para salvar á Camilo? ¿Habíase asociado en esta trama con el general Arturo Dillon , y habia recibido una suma de tres mil francos para distribuir al pueblo , á fin de inducirle á poner en libertad á los presos? En este sentido se espidió contra ella un decreto de acusacion á instancia de Saint-Just , cuya venganza nada era capaz de aplacar ; parece que una carta del general , que se halló en su casa , descubrió el complot ; lo cierto es que ella fué presa y encausada.

Vamos á ver como esta jóven , tan atolondrada , risueña y graciosa , se engrandece de repente en vista del peligro y se eleva en proporcion de la altura de los sucesos. Débil y delicada como es , verémosla mostrar mas valor y firmeza que su marido. Uno de los fenómenos mas grandes de la revolucion francesa consiste en haber templado las almas de las mugeres en el diapason mas alto de heroismo que jamas haya brillado en todas las naciones del mundo , y en haberles inspirado un desprecio tan profundo y tan poco afectado de la muerte.

«¿Recibió Vd. una carta del general Dillon dirigida á la viuda de Camilo? — le preguntó el juez interrogador en presencia del general Arturo Dillon. — Ninguna he recibido. — ¿Le ha remesado á Vd. una suma de tres mil francos? — Nada he recibido. — General, ¿es cierto que Vd. no haya escrito á la muger Desmoulin? — Le dirigí una carta en que le decia: «Muger virtuosa, no te desalientes. Tu asunto y el mio están en buen estado; pronto serán castigados los culpables y triunfarán los inocentes.» — ¿No espresó Vd. que habia llegado el momento de resistir á la opresion? — Dije que si se reproducian en las cárceles los dias de setiembre, un hombre valeroso tenia el deber de defender sus dias, y pedir que se le oyese y juzgase, antes de permitir que le asesinasen. — ¿No envió Vd. tres mil francos á la muger Desmoulin? — Estos hechos son falsos y supuestos.»

Vióse la causa, y Lucila fué condenada á muerte con el general. Bien sea que aquella jóven desventurada, dice M. des Essarts en sus *Causas Célebres* (1), se hubiese fastidiado de la vida, ó bien que anhelase ir á reunirse con su infeliz Camilo, no pudiendo sobrellevar la vida, supuesto que no le era dado partirla con él, manifestó durante la instruccion de su proceso una firmeza y una calma extraordinarias. Viósele sonreír muchas veces con aquella ingenuidad que solo es propia de la inocencia, y aguardó con la mayor sangre fria la sentencia que sabia positivamente se iba á pronunciar contra ella. Cuando la hubieron leído, exclamó: «¡Con qué, dentro de pocos instantes tendré la dicha de ver á mi caro Camilo, Al salir de esta tierra donde ya no está lo que me daba apego á la vida, me considero mucho menos infeliz que vosotros, les dijo á los jueces, porque vosotros viviendo padeceréis todos los tormentos del remordimiento que el crimen trae consigo, hasta que una muerte infame os arranque la existencia (2).»

Insiguiendo otro biógrafo (3), hé aquí lo que dijo despues

(1) *Procès fameux*, tomo 2.º, pág. 188.

(2) *Idem*, pág. 189.

(3) M. Matton, en la *Correspondencia inedita*.

de pronunciada la sentencia: «¡Derramar la sangre de una muger! cobardes!... Pero, ¿ignorais que la sangre de una muger ha sido fatal á los tiranos? que la sangre de una muger echó de Roma para siempre á los Tarquinos y á los decemviro? ¡Regocíjate, patria mia! y recibe con alborozo este presagio de tu salud! pronto tendrá fin la tiranía que pesa sobre tí (1).»

Vuelta á la cárcel, despidióse de su madre, y le escribió las siguientes palabras: «Buenas noches, mi querida mamá; mis ojos sueltan una lágrima, y es para tí. Voyme á dormir con la calma de la inocencia.»

Hay quien supone que el dia en que fué juzgada, arregló con sumo cuidado su compostura, particularmente el tocado que era de singular gusto y elegancia; realzaba el brillo de su tez un pañuelo de gasa de extraordinaria blancura, colocado con arte sobre sus hermosos y negros cabellos. Al verla subir al carro fatal con el semblante risueño que tenia, hubiérase dicho que iba á una fiesta. En el tránsito iba conversando con un jóven que estaba á su lado, y probablemente trataban de cosas alegres, por cuanto se notó que de vez en cuando se sonreían. Al llegar al pie del patíbulo, conservó la misma tranquilidad, subió á él por sí sola y recibió el golpe mortal sin que al parecer le causase la menor emocion (2).

Y sin embargo, considerando los placeres en que vivia, hasta la misma víspera, al seno de su familia, y la sangrienta catástrofe que sobre ella cargaba, habia motivo para que se le helára la sangre y erizáran los cabellos!

La madre infeliz que sobrevivió á tanta ruina, madama Duplessis, cuando la detencion de su hija, escribió á Robespierre lo siguiente: «¡Con qué, no te basta el haber asesinado á tu mejor amigo, que aun codicias la sangre de su muger! El monstruo de Fouquier-Tinville, cólega tuyo, acaba de mandar que la conduzcan al cadalso; de aquí á dos horas

(1) Páginas 27 y 28.

(2) *Causas célebres*, tomo 2.º, pág. 189.

ya no existirá. Robespierre, si es cierto que no eres un tigre con cara de hombre, si la sangre de Camilo no te ha embriagado hasta el extremo de perder toda vislumbre de razon; si aun recuerdas las veladas que pasamos en íntima fraternidad; si recuerdas las caricias que prodigabas al tierno Horacio, complaciéndote en tenerlo sobre las rodillas; si recuerdas que tu habias de ser mi yerno: perdona á una víctima inocente; mas si tu fiereza es la del leon, ven tambien á prendernos, á mí, á Adela (otra hija suya) y á Horacio; ven, y despedázanos con tus manos en que aun humea la sangre de Camilo. Ven, ven pues, y reunámonos todos en una misma tumba! (1).»

La memoria de Camilo fué rehabilitada por medio de un decreto que espidió el consejo de los Quinientos, en 7 floreal del año IV; y posteriormente ha decidido Luis Felipe que su retrato sea colocado en el Museo histórico de Versalles.

(1) *Correspondencia inédita*, pág. 238.

NOTA.

En la *Jacobineida*, poema burlesco de Marchant, pág. 28, se lee lo siguiente: «Lucila Duplessis, hoy madama Desmoulins, insiguiendo la crónica escandalosa, es hija natural del abate Terray. Alta, hermosa y bien hecha, forma perfecto contraste con su marido. Quiso este desposarse con ella en el altar de la patria en el Campo de Marte; mas sobrevino una lluvia copiosa el día señalado para la boda y le obligó á casarse como hacen todos en la iglesia.» En el mismo escrito se supone que Camilo Desmoulins es un infeliz que siempre está prevaricando, denunciando y calumniando, y que tiene el alma vuelta al revés como su figura. «Leyendo sus escritos, le toma uno por un furioso, viéndole, por un descamisado, y oyéndole, por un imbécil.»

El padre de Desmoulins, en una cart. que escribió á su hijo contestándole á otra en que este hace amenazas de vengarse de aquellos ultrages, le aconseja que desprecie la *virulencia* y el *espumajo* de aquellos folletistas, con cuyo veneno acaban por matarse á sí mismos. (Vide *Correspondencia inédita*, pág. 105.)

OLIMPIA DE GOUGES.

El que tenga presente que al principio de esta obra pasó la fisonomía calma, tranquila y reposada, pero fina y expresiva, de madama Necker, aunque oculta las mas veces tras cortina y casi sin manifestarse; y eche ahora una ojeada sobre la de la fogosa Olimpia de Gouges, no podrá menos que admirar la diversidad de sus facciones. Madama Necker, llena de gusto, de modestia, de exactitud y al mismo tiempo de viva penetracion, al paso, segun ella dice, que no recibia mas que *rayos reflejados que aun eran mas apacibles á su vista*, hace mas á veces con una sonrisa ó media palabra que la otra con su vehemencia y sus arrebatos siempre desenfrenados y tal cual vez sublimes. La una presenta un talento sumamente esquisito, exactitud en todas cosas y gran comedimiento, mientras que la otra es la esplosion, el desenfreno y la provocacion personificadas. Sabe la primera, que la interpretarán, porque desea que se estudien sus impresiones y se observe su pensamiento, y en consecuencia no hace esfuerzo alguno: con ella se escuchan las señas, se oyen las miradas, todo está dicho en una palabra; y la segunda, enteramente escéntrica, tiene necesidad de sobresaltar, de pasmar, de obrar sobre las masas con el estallido de su voz, el calor y la fo-